

—Antonina! . . . murmuró llevando á sus labios el precioso papel; y en aquel solo nombre estaban contenidas todas las promesas, todas las esperanzas, todo el fuego de un corazón amante.

—Dios mío, hágase vuestra voluntad, dijo la señora de Péreux, cayendo de rodillas junto á su lecho, elevando las manos al cielo y prorumpiendo en sollozos;—pero que vuestra voluntad, Señor, no sea rigurosa. . .

La pobre madre, con ese instinto maternal que tiene algo de adivinación, había comprendido al leer la carta, toda la verdad.

Que los que encuentren esto inverosímil, consulten á su madre si tienen la felicidad de que aun les viva. . .



CAPITULO XI.

LA ESPERANZA

NO NOS ABANDONA NUNCA.

¡Qué cosa tan bella, tan santa, tan dulce es la esperanza; la esperanza, esa tabla que Dios arroja en medio de todos los naufragios, para que el miserable que zozobra pueda asirse un momento de ella, y durante este momento creer todavía en la vida; la esperanza, última é inagotable moneda del corazón, con la cual nuestra pobre naturaleza humana compra hasta su última sensación!

Oh! sí, la esperanza es dulce y consoladora, como el rayo de sol que visita el calabozo del prisionero, como el murmurio del agua en medio del desierto, como la primera sonrisa de la mujer que se ama! De todos los bienes que Dios ha concedido al mundo, la esperanza evidentemente es el mas grande, sin duda, porque es el último.

La señora de Péreux, por uno de esos fenómenos inesplicables, que hacen que por una sensación eléctrica el corazón de una madre corresponda directamente con el de su hijo, como si nunca pudieran estar por completos separados y como si los dos palpitaran el uno junto al otro, había comprendido desde luego que aquella carta presagiaba una desgracia, y sus temores en un instante se habían convertido en certidumbre.

Desde el momento en que había leído el aviso de Antonina, todo lo que dijera á su hijo lo había pronunciado sin saber lo que decía.

Lo único que ella sabía era que se necesitaba apartar del espíritu de Edmundo los sombríos presentimientos que acaban de asaltarla; y la cosa no había sido difícil, como hemos visto, porque el jóven, rodeado de cuidados desde su infancia, ni aun sospechaba la enfermedad de que estaba atacado. Había dejado, pues, á su hijo lleno de felicidad, de alegría, mientras que ella volvía á su aposento atormentada de esos dolores maternos, de los cuales la vírgen María es el eterno y divino ejemplo.

La pobre muger había llorado largo tiempo; se había arrojado de rodillas, y había orado con fervor... luego se levantó y se sentó, con la vista clavada en el suelo, enclavijadas las manos, sin pronunciar mas que estas palabras: Dios mio! Dios mio! las dos primeras palabras

en que prorumpe siempre el dolor, como si á su mismo pesar se volviera instantáneamente hácia aquel, que es la fuente de todo consuelo.

Pero no había podido permanecer mucho tiempo de esta manera; tomó su lámpara, y de puntillas, andando como si temiera ser oída, había venido hasta la puerta del aposento de su hijo, donde se puso á mirar por el agujero de la llave.

Pareciale que sufría un poco ménos, á medida que se acercaba al objeto de su cariño. Mi rólo entónces agitado, paseándose, hablando él tambien en voz baja, dejando desbordarse las dulces impresiones de que se hallaba su corazón lleno.

—Ser amado de esa hermosa doncella, murmuraba Edmundo, será una felicidad celestial. ¡Cuántos placeres, cuántos goces, cuánta voluptuosidad debe haber en el amor casto de una jóven pura como ella...! ¡Y ella me amará... mi madre me lo ha predicho, mi buena madre, que nunca se equivoca cuando se trata de mí...

Y Edmundo se contemplaba con orgullo, porque el hombre que se siente amado, está siempre satisfecho de sí mismo, mas satisfecho que ningun conquistador lo ha estado despues de su mas grande victoria.

La señora de Péreux no había oído lo que su hijo decía, mas lo adivinaba fácilmente, y se había dicho á sí misma: Es dichoso. Luego añadió:

—Es imposible que Dios en su justicia y su clemencia permita que suceda una desgracia á mi hijo . . . el mismo golpe heriria á su desgraciada madre.

Entónces se volvió á su aposento; engujó sus lágrimas, y como la imágen de la alegría de su hijo permanecía ante sus ojos, habia visto desvanecer sus lúgubres presentimientos, así como á los primeros rayos de la aurora mira el niño temblar primero, y luego perderse las fantasmas que lo habian espantado por la noche.

Hubo un momento en que la señora de Péreux se puso á razonar con Dios, si podemos espresarnos de esta manera; es decir, que examinó toda su vida irreprochable, su ternura filial, su afecto á su esposo, su amor hácia su hijo, cuya alma habia sido formada de un reflejo de la suya, y en que ella se convenció de que la fatalidad no podia destruir en un instante tantas cosas atesoradas para el porvenir y benditas hasta entónces por el Señor.

Llegó casi hasta preguntarse por qué habia llorado; á reir de sus temores y á persuadirse de que todo lo que habia dicho á su hijo con motivo de la carta de Antonina, era cierto. Podia serlo efectivamente, y ya que esta suposicion se habia presentado á su mente, ¿por qué no aceptarla tan fácilmente como cualquiera otra?

Es preciso advertir tambien, que la señora

de Péreux poseia uno de esos corazones religiosos, llenos de confianza en la justicia divina, y que habria creido hacer una injuria á Dios, sospechando por algun tiempo que éste pudiera castigarla sin motivo: ademas, nada habia cambiado á su alrededor; su hijo estaba mas alegre que lo de costumbre, amaba é iba á ser amado sin duda ninguna; la vida le sonreia por todos lados; su salud era buena. . . ¿Debia en este caso tomarse por realidad uno de esos vagos y eternos temores que existen en el corazon de las madres? ¿No era mas natural suponer que desde que Edmundo pensaba en Antonina, desde la víspera de aquel dia, la señora de Péreux, acostumbrada á no dividir con nadie el corazon de su hijo, habia sentido nacer dentro de su pecho una especie de celo que oscurecia su razon y su vista. . . ?

Ciertamente, valia mil veces mas creer esto: así lo permitió Dios, y ella se limpió por última vez los ojos, diciéndose:

—Vamos, estaba loca. . . !

La señora de Péreux se metió en la cama pero á pesar de la nueva confianza que habia adquirido, se comprenderá fácilmente que no pudo dormir. Sus ideas tomaron entónces otra direccion, y en lugar de pensar en el porvenir, volvió su mirada hácia lo pasado, y las lágrimas que volvieron de nuevo á sus ojos, eran ahora esas lágrimas dulces y consoladoras que hacen

correr los recuerdos agradables, lágrimas que se hallan siempre en el fondo del pecho, así como al medio día, bajo un sol abrasador se encuentran siempre algunas gotas de rocío bajo las yerbas cuya cima está tostada.

Por lo que hace á Edmundo, despues que hubo pensado largo tiempo en Antonina; cuando, al contrario de su madre, que recordaba lo pasado, formó los mas encantadores jardines para el porvenir, se acordó de pronto en medio de uno de los intervalos de su pensamiento, que la señora de Péreux habia llorado en su presencia.

—¡Pobre madre mia! se dijo; parecia tener esta noche un pesar... y yo como un egoista, como un verdadero enamorado, la he dejado volver á su aposento, sin inquietarme en lo mas mínimo por lo que la afligia... Lo que he hecho, ha sido muy malo...

Y á su vez Edmundo tomó su lámpara, y andando de puntillas, tambien fué hasta la puerta de la señora de Péreux. Llegado que hubo, puso el oído junto á la abertura; pero habiendo visto un rayo de luz, tocó suavemente.

La señora de Péreux lanzó un grito al oír tocar en su puerta á semejante hora; pero Edmundo se precipitó en el aposento diciéndola:

—Nada temas, madre mia; nada temas... soy yo que vengo á verte.

—¡Aun no te has acostado, hijo querido! exclamó la madre. ¡Estarás enfermo?

—Oh, no, madre! jamas me he encontrado tan bueno, tan contento... pero no he querido acostarme sin haber venido á preguntarte si el pesar que tenias hace poco, no existia ya...

—Gracias, querido niño... pero ya te di la esplicacion de ese acceso de tristeza, y has visto que no era otra cosa que una niñería.

—Tanto mejor, madre mia, porque si supieras cuán feliz soy en este momento...!

—Es que estás enamorado, y piensas en tu Antonina.

—Es verdad... pero tú, que no te duermes aun á las dos de la mañana, ¿en quién piensas?

—Pienso en tí, en tu juventud, en tu porvenir...

—En mi felicidad, que solo á tí debo.

—Pero que ya no depende mas de mí.

—Sí, madre mia... siempre dependerá de tí, porque tú entras en todos los castillos que formo.

—Haces castillos?

—Hace dos horas.

—Cómo? en qué piensas?

—Pienso en un porvenir dulce y tranquilo, una felicidad completa entre una madre, una esposa y un amigo que me aman, y á quienes corresponderé su triple afeccion. Soy jóven, no soy feo, ¿no es verdad, madre mia? dijo Edmundo sonriendo, puesto que me parezco un poco á tí: tenemos algunos bienes, y siento que deci-

didamente amo á Antonina; puedo, pues, pedir-la á su padre cuando esté seguro de que ella me corresponde un poco.... y no creo que tenga ninguna razon para rehusármela..... Pasaremos entónces el Invierno en Paris; en el Estío nos iremos á los bordes de Loira, el rio de los amores poéticos y sentimentales, y seremos tan dichosos como pueden serlo humanas criaturas acá en la tierra. ¿Qué te parece, madre mia?

La señora de Péreux miraba sonriendo á su hijo, y le dijo:

—¿No es eso lo mismo que te dije cuando me hablaste de la posibilidad de ese amor?

—Ah, madre mia! tú eres la confidente de todo lo que pienso... nunca te oculto nada... Así, pues, te confieso que desde mañana voy á hacer cuanto pueda imaginarse para que Antonina se enamore locamente de tu hijo.

—No ha de tardar eso mucho.

—Nichette me ha facilitado un medio, y me ha ofrecido sus consejos.

—Ah! ¿con que Nichette tambien se halla en el complot?

—Sí, querida madre... esa buena Nichette tiene un corazon escelente.

Durante dos horas, Edmundo y la señora de Péreux platicaron de lo pasado, del presente y del porvenir; ella apoyada sobre su brazo desnudo; él sentado al pié de la cama, jóvenes ámbos por sus ideas, confiados por su ternura.

Cuando, á las cuatro de la mañana, Edmundo se volvió á su alcoba, la señora de Péreux volvió á decirse: “estaba delirando,” y se durmió sin penosos recuerdos, sin temores.

He aquí los motivos que yo tenia, para decir al principio de este capítulo, que de todos los bienes que Dios ha dispensado á la humanidad, la esperanza es el mas noble, el mas grande.

A pesar de que Edmundo se habia acostado muy tarde, ántes de las ocho de la mañana ya se habia levantado, y se dirigia hácia la iglesia de Santo Tomas de Aquino.

